

DISCURSO OFICIAL

PRONUNCIADO

POR EL C. SERGIO HORMIGO

EN JONACATEPEC

EL 5 DE MAYO DE 1888



MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON

Calle de Lerdo número 3.

—
1888

DISCURSO OFICIAL

PRONUNCIADO

POR EL C. SERGIO HORMIGO

EN JONACATEPEC

EL 5 DE MAYO DE 1888



MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON

Calle de Lerdo número 3.

—
1888



777

La Exposición Internacional
de París me hizo conocer el
nombre del Sr. Ingeniero
Fernando Ferrasi y Pérez y el
nombramiento que mereció
este señor como uno de los ge-
fes de los grupos organiza-
dores de la representación
de nuestra querida patria
en el gran certamen, me
inspiró gran simpatía por
él. Como débil demostración
de esa simpatía le hago
este humilísimo presente.

Jonacatepec, Junio 7 de 1889.

Sergio Hornosgo.

A mi querido hermano Manuel Hornigo
en el día de su santo.

Cuando la locomotora en su vertiginosa carrera nos conducía á la H. Veracruz, invitado por el Sr Coronel Valle Parada pronuncié un brindis encomiando á la Ciudad que iba á conocer y visitar. Mi pequeña alocución fué saludada bondadosamente con calurosos aplausos y fuertes abrazos, y tus ojos se arrasaron en lágrimas: en esas lágrimas leí la emoción de que te encontrabas posesionado: ellas también trajeron á mi mente el recuerdo de papá, que veía con embeleso mis primeros ensayos de colegio cuando me proponía discurrir sobre un tema dado. Desde entonces me propuse hacerte el modesto obsequio de una composición en extenso, porque si las breves palabras de aquel día te habían entusiasmado, más te entusiasmaría un discurso. Quise hacer la crónica de nuestro viaje, pero me divagué algo con el encanto de los bellísimos paisajes, y dejé de apuntar algunos pormenores. Hoy el H. Ayuntamiento de mi

querida tierra natal me proporciona la grata satisfacción de felicitarte con este opúsculo que contiene mis arraigadas ideas políticas. Recíbelo no como prenda literaria, carece de méritos para ello, sino como la efusión de un corazón que late con vehemencia al recuerdo del amante padre, encarnado en la persona del hermano mayor.

¡ Que el resto de tus días sea feliz, como hasta aquí lo ha sido tu vida al lado de tu amante compañera y de tus cariñosos hijos!

Tu hermano

SERGIO.

México, Mayo 31 de 1888.

Al C. Sergio Hornungo.

PRESENTE.

Atenta la I. Corporación que me honro en presidir, á las prendas de patriotismo é ilustración que en vd. resaltan, tuvo á bien acordar unánimemente que se nombrara á vd. orador oficial para la festividad cívica que se verificará en esta ciudad el dia 5 del mes entrante, 26º aniversario del glorioso triunfo de las armas de la República sobre el invasor francés.

Y en cumplimiento de aquel acuerdo me hago el favor de comunicarlo á vd. para su conocimiento, anticipándole las gracias (pues no dudo que admitirá vd. el nombramiento) á nombre de la ciudad.

Patria y Libertad. Jonacatepec de Valle, Abril 14 de 1888.

JOSÉ M. ALCÁZAR.

AGUSTÍN HERNÁNDEZ,
Secretario.

Al Presidente Municipal.

PRESENTE.

Tengo á la vista la grata comunicaci3n de vd. de 14 del mes en curso, por la que se sirve manifestarme que la H. Corporaci3n dignamente presidida por vd., me honra una vez m3s con el nombramiento de orador oficial para celebrar el dia 5 del pr3ximo Mayo el 26º aniversario del triunfo de las armas de la Rep3blica sobre las invasoras francesas en la H. Puebla de Zaragoza.

Varias razones me asisten para renunciar tan honroso encargo, pero con el deseo siempre de pagar de alguna manera la deferencia del I. Cuerpo, me es grato manifestar vd., para que as3 se sirva hacerlo al H. Ayuntamiento, que con gusto, aunque sin lucidez por falta de ilustraci3n, desempeñaré la patri3tica comisi3n, anticipándome en solicitar la indulgencia de mis comitentes, porque faltándome las dotes del tribuno, mi pobre

disertación será apenas un débil destello de la gloriosa página histórica de que se trata.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar á vd. mis protestas de adhesión y respeto.

Patria y Libertad. Jonacatepec de Leandro del Valle, Abril 21 de 1888.

SERGIO HORMIGO.

El sentimiento de amor hacia la tierra donde se mecíó nuestra cuna, nace con el primer latido del corazón, y no debe apagarse más que en la tumba.

JOSÉ ROSAS MORENO.

MEXICANOS :

Había cesado ya la contienda de tres años que forma época en los anales de nuestras fratricidas guerras; el Gobierno republicano liberal imperaba en nuestra patria, normando sus actos por el espíritu y letra de la Constitución de 57, resultado final de la regeneradora revolución de Ayutla; el inmortal Benito Juárez empuñaba las riendas del mando supremo, ocultando el descarrío de uno de los liberales de corazón.

El ardiente sol irradiando en el zenit; la simpática brisa reemplazando al furioso vendabal de las tormentas; los cristalinos arroyuelos serpenteando juguetones al prodigar la fecundidad por doquier; la yerba alfombrando nuestras campiñas; un cielo sin nubes tempestuosas y bordado con arreboles de color indescriptible, y la plateada luna graciosamente cortejada por rutilantes estrellas iluminando nuestras apacibles noches: todo, todo parecía anunciar una era de bienandanza, libertad, trabajo y progreso; de pesimista se habría tildado á quien hubiera predicho que nuestros

campos volverían de nuevo á verse anegados y tintos los riachuelos con la sangre de nuestros hermanos.

El error y acaso el amor propio muy exaltado trabajaron la inteligencia de un hábil diplomático, encarnación de la idea monárquica en nuestra bendita tierra. Surgió la idea en el campo de la discusión, y la acre censura asestóle tan certeros dardos que la dejó maltrecha para llegar desde luego á las vías de la realidad: quedó por entonces destruido el devastador acridio que amenazaba talar las sementeras de la libertad; pero había dejado larvas que á la menor causa estimulante darían sér á nueva prole, y ¡ay entonces de la gallarda mies; para garantizar su existencia no bastaría el esfuerzo de centenares de patriotas!

La espada en la rudeza de la franca lucha no había podido desgarrar el corazón de la democracia que á su triunfo hizo imperar las ideas filosóficas modernas, en contraste con las que aherrojaban el pensamiento, encadenaban la palabra, limitaban la enseñanza y prescribían la esclavitud. A los defensores de añejas costumbres que pertenecían á una clase preponderante y orgullosa, no les plugo dejarse abatir por las leyes del progreso para erguirse después con la savia del trabajo y procurar con la estrecha unión de todos el engrandecimiento del país.

La venganza, que nunca puede ser buena consejera, se apoderó del espíritu de los vencidos, y aletargándole desplegó ante su imaginación delirante un bellissimo panorama, en el que el triunfo de su idea se veía en apoteosis fulgurando con las glorias del Tabor; los cardos del camino estaban velados por matizadas y aromosas flores; la vista del imponente espectáculo del Calvario estaba interceptada por el aparato deslumbrador. Vueltos en sí los visionarios, azuzados por el despecho y agnijoneados por la fe en el éxito, postrados de hinojos á las plantas de un déspota, im-

ploraron extranjera protección para invadir nuestro suelo.

El déspota aquel, descendiendo del águila aprisionada en Santa Elena, mimado por la fortuna de las armas y animado por sórdida avaricia, corre en pos de la realización de los siniestros planes, y consigue con su astucia empeñar en sus propósitos á dos naciones poderosas.

Firmado en Londres el proyecto de invasión el 31 de Octubre de 1861, en Diciembre del mismo año la alianza tripartita se posesionaba por sí y ante sí de nuestro hermoso puerto de Veracruz: aquellas larvas ya estimuladas producían densas capas de langostas que interceptaban los rayos de nuestro sol.

D. Manuel Doblado, eminente diplomático y sincero patriota, sale al encuentro del invasor con instrucciones de su Gobierno. La política del Ministro mexicano pone en desacuerdo á los aliados, y hace que el marqués de Castillejos y los hijos de la Albión abandonen la empresa, dejándola sólo por cuenta de los franceses que, mal encubriendo los intentos del monarca de las Tullerías, signan los mutuos compromisos del tratado de la Soledad.

México creyó contenido sin efusión de sangre el primer ímpetu del aventurero; no era fácil prever que una nación de primer orden retirase la palabra empeñada solemnemente, hollándola con las plantas después de desgarrarla con el supremo derecho de la fuerza.

Son las pasiones procaz veneno que inoculándose en el espíritu enerva las facultades del entendimiento, amortigua la luz de la inteligencia y deja obrar á la materia guiada por un instinto brutal que todo lo encamina á la satisfacción de lo más halagador, aunque no sea lo más justo. El tercer Napoleón, que abrigaba en su mente la idea de la riqueza y del propio engrandecimiento, desoyendo la voz de la conciencia y de la justicia, encarnada en esforzados pa-

tricios como Julio Favre y Adolfo Thiers, dió rienda suelta á su desenfadada ambición, y salvando el valladar de la honra empeñada, da un paso más en la atentatoria conquista de la patria Xicotencatl. México, con sus fuentes de riqueza cegadas por las disenciones intestinas, con sus hijos agobiados de cansancio por las tareas de mil combates, no pudo soportar con calma el ignominioso atentado, y haciendo uno de aquellos esfuerzos supremos, alimentados por la fe en el derecho de defensa, saca fuerzas de su propia debilidad y declara la guerra á quien la guerra había provocado.

Puebla es el baluarte de la defensa nacional; un bisoño ejército reclutado á toda prisa espera con impaciencia la hora de la lucha; el valeroso pecho mexicano se sentía potente con los gratos recuerdos de las heroicas hazañas de sus independientes; ante la tumba de Hidalgo, Morelos y Guerrero, no era fácil consentir que se mancillara impunemente la tierra de su holocausto: leyendo las ensangrentadas pero gloriosas páginas históricas de 1848, el corazón no podía sentir otra cosa que el impulso para resistir á los ambiciosos.

Las pesadas columnas francesas se mueven con dirección á Puebla: el aspecto marcial de los soldados trasluce el orgullo del guerrero indomable; en su semblante rebosa la satisfacción que da la fuerza bruta; la franqueza, seguridad y precisión del paso, dan á conocer la fe del invasor en el triunfo.

Avístanse los combatientes, prepáranse á la lucha, rómpense los fuegos; el viento en sus impalpables alas conduce el estruendo de la fusilería; el rimbombar de la metralla anuncia su efecto destructor; espesa nube de humo envuelve al campo de Agramante, como interceptando la mirada del observador mientras la victoria adjudica la palma del

triunfo á quien la merece; tres asaltos han dado los franceses. . . cesa el ruido de las armas y sucede el fragor de la tempestad. . . viene la calma y un sol rubicundo, ardoroso, tropical, rasgando la téñue gasa que lo envuelve, viene á alumbrar el campo de la lucha. las huestes asaltantes han desaparecido; sus despojos alfombran el llano y las alturas; los nuestros baten palmas: el marcial clarín anuncia la victoria, las cajas repercuten alegre diana, los hurras de los bravos surcan el aéreo espacio: Zaragoza ha triunfado, Laurencez despechado pone pies en polvorosa, y busca la salvación en la fuga: era que aquellos cardos ocultos por las flores que bordaban el camino, habían ensangrentado el pie del invasor. Esto sucedía el 5 de Mayo de 1862.

¡Gloria á tí, Ignacio Zaragoza, aguerrido General republicano que has ajado los laureles del primer soldado del mundo! ¡que sea eterno tu loor por la honra que has alcanzado para nuestra tricolor enseña! ¡Gloria á vuestros dignos compañeros Diaz, Berrizábal, Negrete y otros mil que con su pecho opusieron fuerte dique al desbordado torrente que amenazaba arrasar nuestro suelo.

Si la ponzoñosa víbora se siente herida, se escurre artera para la escondida grieta de la roca, y espía el momento, no de volver al combate, sino de hincar el diente sin temor de ser ofendida: así el monarca de las Tullerías, que conocía nuestro lamentable estado de pobreza y escasez de brazos, tuvo un año de contemplación sobre la vergonzosa derrota de Puebla; pero acumulando cuantos elementos de destrucción le proporcionaba el bonancible estado de su nación, volvió de nuevo sobre la heroica ciudad, ya no con ánimo de tomarla á fuego y sangre, que este intento tenía sus inconvenientes, sino estableciendo riguroso cerco para privar á la plaza del acopio de provisiones y conseguir por hambre y sed lo que las balas francesas no habían podido

obtener. Dechado de valor fué la defensa de Puebla, y tanto que el mismo Forey, jefe de las fuerzas invasoras, no se desdendió en reconocer y declarar pública y solemnemente que sólo el heroísmo pudo alentar una resistencia tan tenaz; pero privado González Ortega de todo auxilio exterior, quemado el último cartucho y exhausta la plaza de víveres, cedió al peso de la férrea cadena que lo circundaba; sí, pero sin capitular, sin pedir merced alguna. Los soldados prefirieron romper sus armas y no entregarlas al enemigo, una vez que no les era posible seguir empleándolas en la defensa nacional. México había sucumbido, pero con gloria; parodiando á Francisco I diremos que: todo había perdido menos el honor. Los vívidos fulgores del astro de la patria quedaron velados por espesas nubes tempestuosas; muy en breve las tinieblas de la noche se atenuarían por la luz del siniestro relámpago; el horrisono estruendo sembrará por doquier el terror, y el rayo revolucionario abatirá á la corpulenta encina que da abrigo al audaz aventurero.

Benito Juárez, el Leonidas mexicano, seguido por sus fieles espartanos, hizo de Paso del Norte sus Termópilas, esperando con fe en lo porvenir el momento de emprender la lucha con los conquistadores de 1863.

Napoleón, de acuerdo con un reducido número de malos mexicanos, estableció un imperio tan fugaz como una cósmica exhalación, no consiguiendo jamás que rigiera en todo el país, pues nunca dejó de haber una porción de tierra mexicana sujeta al régimen constitucional.

Por más que Maximiliano abrigara sentimientos liberales hasta donde se lo permitían su raza y educación, por más que llegara hasta á independerse del monarca francés para atraerse al partido liberal, no se transige fácilmente sin luchar en demanda de Independencia y Libertad. Si Guatimoc, con el espíritu ofuscado por ideas supersticiosas.

sas, palpando diariamente la superioridad de las armas conquistadoras, nunca llegó a abrigar en su pecho el intento de entregar voluntariamente su solio, ¿por qué Juárez, iluminado por la luz indeficiente del derecho, había de transar con el aventurero? Era preciso hacer ver que los descendientes de Bravo y Galeana saben imitar ejemplos heroicos; por eso el adalid mexicano contestó: «Decid al de Hapsburgo que moriré por la defensa de mi patria.»

Tres años no completos duró el efímero Imperio del Archiduque de Austria; tres años de vacilaciones primero, de decepciones y desengaños después, y de desesperación y arrebato al fin, engendraron la monstruosa ley de 3 de Octubre, el bota-fuego que avivó en el pecho mexicano la llama del patriotismo que le hizo recobrar palmo á palmo el terreno perdido.

En 1866 las hecatombes de la Carbonera y Oaxaca daban indicio de lo formidable de la lucha que se entablaba; el año siguiente cundió tanto la chispa de la rebelión contra el Imperio, que obligó á Maximiliano á tomar una decisión suprema: ponerse al frente de sus fieles para decidir la contienda. A principio de 1867 las fuerzas imperiales estaban como sitiadas, reducidas al centro del país, pues todas sus regiones extremas estaban ocupadas por los republicanos, que entre otras fechas gloriosas registran el 2 de Abril, 15 de Mayo y 21 de Junio, en que respectivamente cayeron las plazas de Puebla, Querétaro y México. La justicia se hizo cargo de los jefes del partido vencido, y al emitir su solemne fallo, paró el cadalso de las Campanas en 19 de Junio; se dejaron ver las tétricas figuras del Calvario que habían estado ocultas por los fulgores del Tabor: triste peronecesario epílogo del drama cuyo proemio se lee en Londres, y en Miramar su introducción: la estrella de México fulguró de nuevo en su apogeo en un cielo de purísimo azul.

Siempre á la zapa destructora sigue la cuchara que construye: la Constitución de 57 recobró todo su poder; la que antes había sido, según las bellas expresiones de un ilustrado compatriota, «frágil barquilla flotando á merced de los elementos desencadenados, débil arista, juguete de los deshechos huracanes, trémula virgen de palpitante seno, tímidas miradas y manos suplicantes, apareció como audaz gaviota que desafía las tempestades revolucionarias, roble gigantesco que resiste el rayo de las contiendas civiles, noble matrona cuyo turgente pecho esconde el alimento de los que quieren reclinarse en su regazo.»

La República, magnánima hasta lo sublime, ha tendido su franca mano á la hidalga España, echando un velo á los pasados disturbios entre razas homogéneas, y emprendiendo, enlazadas amistosamente, la majestuosa marcha en la senda del progreso. Para bien de la Francia, ha olvidado las ofensas inferidas por un hombre nefando, y proferido palabras de reconciliación, demostrando que si supo maldecir los propósitos del prisionero de Sedán, bendice y elogia la reedificación comenzada por los ilustres Gambetta y Thiers, y actualmente seguida por el modesto patriota Sadi-Carnot: y para satisfacción de los hijos de Shakespeare y Lord Byron, ha demostrado últimamente que no la mala fe ni la falta de voluntad engendraron la suspensión del pago de la deuda internacional, pretexto cardinal para intervenir en los asuntos de México.

Veintiún años hace que el pabellón de la República flama con inmarcesible gloria en el torreón de la autonomía nacional, y doce que la paz ha sentado sus reales entre nosotros, brindándonos con los ópimos frutos del bienestar. Grandes son las ventajas que México ha obtenido en este corto período: la agricultura, la industria y el comercio han despertado del marasmo en que yacían, y sacudiendo el

sopor de la soñolencia yerguen la potente cerviz, dando vida al muerto espíritu de empresa. Desde que la hidra infernal de la guerra ha huido de nuestros lares en precipitada fuga, el capital, esa palanca que remueve todos los obstáculos, ha salido de los oscuros antros de su escondite, atrayendo á nuestro suelo al vehículo de Fulton, que, ya trepando nuestras montañas, ya horadando nuestros cerros, ora descendiendo de nuestras cuestas, bien ondulando caprichosamente por nuestras campiñas, conduce por todas partes el tráfico, el movimiento necesario para la vida de los pueblos: merced también á su poderoso impulso el mensajero de Morse ha tejido inmensa red sobre nuestra cabeza, poniéndonos en comunicación inmediata no sólo con los puntos extremos de la América, sino aun con las apartadas regiones del Viejo Mundo. El brazo fratricida que empuñaba la mortífera espada, sostiene hoy la barreta que rompe la corteza de la tierra en busca de las áureas galerías subterráneas: la sangre que sin más fruto que el de mantenernos libres regaba el campo de Marte, hoy brota del cuerpo en cristalinas gotas y va á abonar el suelo que da sustento al hermoso y flexible tallo, prodigador del suculento grano; nuestra desnudez, fruto del estancamiento del trabajo, cúbrese hoy con la rica tela que sale del taller; la inteligencia preocupada con la resolución de los problemas políticos, tiende actualmente su vuelo por el inmenso espacio de la ciencia, correspondiendo al llamamiento del Sér de los séres, que nos presenta abierto el gran libro del saber, cuyo epílogo no verá la humana mirada: la escuela, instalándose hasta en las crestas de las montañas, hasta en la cabaña del proletario, brinda instrucción á nuestra clase indígena, instrucción que á trueque de su independencia se le prometió desde 1520.

Este es, pueblo, el mal trazado cuadro de tus adelantos

modernos; omito la reseña de tus conquistas civiles, porque bien las conoces; como que se hace demasiado sensible el contraste entre las tinieblas y la luz, la esclavitud y la libertad, la atmósfera de deletéreos gases y la purísima de oxígeno y ázoe, la fangosa y pútrida charca donde encallaba nuestra navecilla, y la mar cuyo cristalino y leve líquido nos deja bogar con calma y tranquilidad. Sigue sin ambages en la senda que te han trasado tus libertadores; no te atemorice el más allá; que tu paso sea firme, tu planta no tropezará; Dios no ha puesto el hasta aquí en el camino del adelanto; quiere nuestro perfeccionamiento para que, acercándonos á Él, doblemos la rodilla y cantemos sus alabanzas.

Con la mirada fija en lo futuro, la fe en el espíritu y el patriotismo en el corazón, entonemos el cántico de la paz, rindamos homenaje á nuestros héroes y dirijamos afectuosas felicitaciones al Primer Magistrado del Estado, por sus relevantes virtudes cívicas, y al Sr. General Porfirio Díaz por su acrisolada honradez, por su depurado patriotismo, por todas sus prendas personales, pero muy especialmente por haber tenido el acierto de encarrilar á México por el sendero de la paz, y el tino de poner en las vías de hecho el bellissimo lema de nuestro gran Riva Palacio: «Ni rencores por el pasado ni temores por el porvenir.»

Dije.

SERGIO HORMIGO.